

**El poeta se transfigura en un artesano de la palabra pública:
*El mecanógrafo del parque de Julián Malatesta***

Álvaro Bautista-Cabrera
Profesor Titular
Escuela de Estudios literarios
Noviembre de 2010

En una singular jugada con los dados del lenguaje poético, Julián Malatesta escribe uno de sus más complejos, ricos y profundos libros de poesía de los últimos años: “El mecanógrafo del parque”. Publicado en 2007 en una edición breve presentada en Venezuela, por la editorial Anzuelo ético, en la colección Tierra Baldía (que dirige el editor, poeta, narrador, músico y pintor Orlando López), el lector se enfrenta a un acto que multiplica la imagen poética en un torbellino que alcanza el encanto de los poemas surrealistas de Mayakovski. Malatesta ofrece al lector un conjunto de poemas que ponen en nuestra intimidad las palabras del amor, los vocablos del sarcasmo político y las claves de nuestra transitoria ontología sobre “la arena de los días”.

El poeta se transfigura en un artesano de la palabra pública; con su máquina de escribir, en medio del parque, pide “cinco palabras” a todo el mundo; la voz poética se encarama en el andamio de la recepción de los mensajes de los otros. La voz lírica da a entender, así, que representa las voces de los lectores. El poemario toma entonces la forma de un múltiplo vocativo discurso: mujeres de nombres ancestrales y llenos de encanto femenino esencial, son llamadas por los poemas: Zelma, Naara, Aglaé, etc. No hay que buscar en estas múltiples identidades una sola mujer porque, en el fondo, una mujer es una multiplicidad y las múltiples mujeres, la cifra de la esencial. De todas maneras, ya Baara, ya Attis, ya Efrata, “ella(s)” aparece(n) a veces como la mujer que ha ocupado la isla de la individualidad, como en el poema titulado “Isla ocupada”: “estos poemas han sido inspirados en una mujer que suele montar su campamento en la pequeña isla que habito. Quizá logres identificarla, en estas palabras está la huella de su generosa invasión”. Los poemas actúan en la mente del lector como

cartas de amor dirigidas a objetos amorosos que son uno, dos o todos los que tenga nuestra historia de “cinco palabras”.

La alegoría es la casa de este poemario. No dudes en encontrar detrás de unas palabras un llamado al poeta y sus devociones afectivas. Detrás de un “maestro de obra”, de “un albañil”, está el amante con su andamio construyendo el “palacio”, el “fuerte” o el “refugio” para tantearla y abordarla; detrás de “primeros auxilios” hay un llamado a “la ayuda humanitaria” que requiere el dolido amante; detrás de “la destrucción de la ciudad” está la súplica a Eyania para, juntos, “evitar este *cosidio*”; detrás de “señora gobernante”, de “derecho de petición”, de “asamblea”, de “pasacalle” está el reclamo, la imploración. Malatesta renueva, con ecos de un vocabulario político, el discurso amoroso, logrando multiplicar un juego de visitas y alejamientos con el lenguaje poético de “Los veinte poemas” y de “Residencia en la tierra” de Neruda. Efectivamente, el chileno confirma su presencia entre “avenas” y “minerales”:

“Era su blanco cuerpo de avena derritiendo minerales,
era Neruda husmeando en el frágil verso que la evoca”.

El poeta se la juega, pues, en el mundo de la metáfora. Encuentra en esta figura, en su desarrollo alegórico un ámbito dichoso ante las penurias del amor y las responsabilidades como ciudadano:

“Este oficio de sacarle brillo a las palabras como si las fuera a exhibir en el mercado, quizá bajo un tenderete apropiado para visitantes extranjeros, sólo lo hago para que tú me escuches en el tono adecuado, *Didasealia*”.

Las palabras del poeta se dirigen también a la vida ciudadana: “Admonición a los antioqueños” lanza un llamado a la Antioquia feroz y crítica de Baldomero Sanín Cano, de De Greiff, que le da el ritmo y la música a “El mecanógrafo” contra este mercader de caballos y mataderos que gobierna desde su comarca el reino de nuestro país; en “Los peligros del arte”, a través del deterioro del parque, de los crímenes diarios, presenta al poeta del poder: “El mandatario tiene a un poeta que le informa / qué se escribe aquí y a cuántas manos”; en “Dilo en

voz baja” Malatesta fustiga a un tal Ruiz (“sus palabras son *hojas en el patio*”), que trabaja para un gobernante que “cree que el país es una vaca / Que a palos hay que conducir al matadero”.

Más allá de estos logros, que por sí solos hacen de este libro de poemas un hecho estético singular, el poeta escribe algunos poemas que provocan un temblor en nuestro *estar* en el mundo: ya dirigiéndose a la gravedad del mundo; ya, a una infamia. De un lado, en “El árbol bebe el agua” asistimos con temblor a un trozo de “llamado” sobre nuestra transitoriedad en la tierra: “Somos transitorios, / Tenemos la vida como una muleta / que hiere con su hierro / La tenue arena de los días”; de otro, en “Mentira”, el poeta esculpe en palabras una especie de “papel del infierno” goyesco sobre la mentira: la imaginación de “un viejo olmo [del que] cuelga una horca” se convierte, ante la labor soterrada de la mentira, en el claro sentir de que “alguien nos coloca la soga”.

Al terminar la jornada, el mecanógrafo del parque se prepara para recoger sus insumos y herramientas y dejar el parque para las trabajadoras:

“Me retiro del parque y suspendo el oficio,
He perdido el día y no es mía la noche,
El parque pertenece a las trabajadoras de hombres.”

Hay una derrota en todos estos bellos poemas, como si no hubieran sido escuchados. Como dice uno de los epígrafes del libro, el poeta ha alternado sus palabras entre el amor que se humilla con la belleza de saberse dueño y poseído de las damas, y las palabras sarcásticas y crueles sobre los señores del poder: los gobernantes y sus secuaces: “Todo lo que nace en el desequilibrio reclama los extremos, le es imposible la vía media”.

Este poemario merece ser reeditado, para dicha y zozobra de los lectores, sean amantes, sean ciudadanos, amantes de la política y sus miserias, ciudadanos de la mujer y sus gobiernos.